



7 de septiembre de 1874

La Palabra de Dios

Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hijas,

Nada es más importante que tener una idea exacta y verdadera de lo que debe ser la vida religiosa. Es una vida de sacrificio, y eso es lo que la hace tan fascinante y atractiva para las almas que aman a Jesucristo.

Nuestro Señor vino a la tierra para sacrificarse por nosotros, para mostrarnos el amor supremo con el sacrificio de todas las cosas. La vida que abrazó en la tierra fue un sacrificio continuo. Sacrificio al hacerse hombre, sacrificio por la forma en que vivió entre los hombres, sacrificio por la forma en que ofreció su vida por los hombres, sacrificio de toda su vida, se mire por donde se mire. Las almas que aman a Jesucristo quieren mostrarle a su vez su amor. Con la ayuda de su gracia, quieren darle algo. Cuando una entra en la vida religiosa, es para entregarse a nuestro Señor Jesucristo por la obediencia, por la renuncia, por el tipo de perfección que exige la Regla y por todos los sacrificios que la vida religiosa puede ofrecer.

Todas estas verdades se os predicaran esta semana. Veréis lo que debéis ser para Dios, lo que somos para Dios, cómo debemos tratar a las criaturas, cómo debemos querer ser los soldados de Jesucristo en la tierra, luchar bajo su estandarte, seguirlo con una vida semejante a la que Él vivió por nosotros.

Pero antes del retiro del año, me gustaría recordaros esta verdad, que nunca se repetirá demasiado, y que debe grabarse en nuestras almas, que bajo la Palabra de Dios está Dios mismo. Dios debe ser nuestra comida aquí abajo. Es necesario que la vida divina penetre en nuestra alma para convertirnos en criaturas nuevas, en verdaderos hijos de Dios. Ya somos adoptados por Dios, destinados a verlo y a poseerlo por toda la eternidad, pero para ello es necesario que nos hagamos semejantes a Él.

Probablemente recordéis lo que se dice en la Imitación: *Me sirven dos platos en tu mesa, Señor, o más bien, me preparan dos mesas: una contiene el*

*festín de los ángeles, tu carne divina, la Sagrada Escritura, la otra, tu Palabra*¹. Este pensamiento debería resultarnos familiar. Cuando recitamos el Oficio Divino, se nos ofrece la Palabra de Dios. Repetimos la Palabra de Dios, la palabra de vida, la palabra de la Sagrada Escritura.

Si prestamos atención, con el pretexto de la palabra, encontramos a Dios, la vida de Dios, la enseñanza de Dios. Muchas veces durante el día nuestra alma debe venir a apaciguarse, a descansar bajo la sombra de la palabra divina, como el polluelo se acoge bajo las alas de su madre, para gozar de Dios, para ir hacia él.

Así nuestra inteligencia se alimentará de Dios, como nuestra alma se nutre de la Eucaristía, pues es el mismo alimento que se nos da bajo dos formas diferentes.

Lo mismo ocurre con la palabra del sacerdote, con la predicación dondequiera que aborde una determinada doctrina, una doctrina revelada. Es Dios quien habla a nuestra alma, y entonces, como dice la Escritura: *Si escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones*². 157. Como es preciso que cada día, al comenzar el Oficio, prestéis atención a esta palabra: *Llevo cuarenta años con vosotros y no me habéis escuchado*.

¿Cuántos años lleva nuestro Señor con nosotros sin que le hayamos escuchado? Pero no debemos endurecer nuestro corazón, debemos abrirlo, hacerlo flexible, atento, fiel a Dios que viene en su Palabra. Ya sea bonita, y elocuente o normal y sencilla, pero eso no es de lo que se trata: la cuestión es que nos lleve a Dios que, como un esposo, viene a nosotros, quiere penetrarnos de Él y así prepararnos a esa verdad eterna que debemos contemplar y de la que disfrutaremos en el cielo.

Aquí hay novicias que escuchan la palabra de Dios todos los días. No es, por supuesto, la Palabra de Dios en el mismo sentido de la Sagrada Escritura, verdad revelada, inspirada por el Espíritu Santo, Palabra de Dios en el sentido estricto de la palabra; pero esa palabra que según nuestras reglas nos forma, que nos hace entrar en el espíritu de la vocación que Dios ha elegido para nosotros, ¿no es también la Palabra de Dios?

Nos ha llamado por nuestro nombre, nos ha predestinado desde toda la eternidad para ser tuyas, tenemos que hacer algo para que así sea. Tenemos que responder a su llamada, tenemos que aprender a servirle, las delicadezas de su

¹ Imitación de Jesucristo, libro 4, cap. 11, 4.

² Sal 94:8, 10.

compañía, cómo vivir interior y exteriormente todas nuestras acciones, nuestros pensamientos, nuestra conducta. Por eso las novicias reciben la palabra que las prepara, que les enseña lo que tienen que hacer para responder a la llamada que Dios les dirige.

Se dice en alguna parte de las Sagradas Escrituras que en la corte del rey Asuero había un oficial especialmente encargado de engalanar y adornar a las vírgenes que iban a ser presentadas al rey³. Es la Maestra de novicias la encargada de adornar y engalanar a las vírgenes que se preparan para ser las esposas del Rey celestial.

Como se muestra de Ester que tomaba, sin prestar atención, toda la ropa que se le entregaba, así una de las disposiciones que más agrada al Rey de reyes, era encontrar un alma que no tenga elección, que no se aferre a un vestido, a una forma de perfección, a una manera de ser, a una preparación, sino que tome el vestido que se le da, que se deje revestir, ataviar, formar, conducir, enteramente flexible, como la Santísima Virgen que, según la expresión de San Francisco de Sales, era tan flexible como la cera en las manos de Dios.

Todo esto, hermanas, se hace prestando atención a la Palabra de Dios, por la docilidad para seguir las enseñanzas que se nos dan, para que seáis dignas de Dios, cuando llegue el día de los esponsales o desposorios, y que podáis tener derecho a decir: "Dios me ha elegido para pertenecerle de una manera especial. Ya no soy solo su criatura, un alma redimida por Él, su hija, su hermana: soy su esposa. Este es el título al que aspiráis, esta es la gracia que pedís. Debéis prepararos para ello por la docilidad, por la oración, por la fidelidad, por el desprendimiento de vuestros propios pensamientos, de vuestras propias ideas, y por el cuidado espiritual y constante de agradar a nuestro Señor y de serle fieles.

³ Is 2, 15.